

Ramón H. Jurado  
**El desván**



Isis Tejeira  
**Sin fecha fija**



Gloria Guardia  
**El último juego**



*B*iblioteca de la *N*acionalidad  
**AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ**







**El desván**



**Sin fecha fija**



**El último juego**

Bajo criterio editorial  
se respeta la ortografía de los textos  
que presentan arcaísmos  
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,  
algunos textos se presentan  
sin ilustraciones y fotografías  
que estaban presentes en el original.

•••••

Ramón H. Jurado

# El desván



Isis Tejeira

# Sin fecha fija



Gloria Guardia

# El último juego

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD  
DEL CANAL DE PANAMÁ  
**PANAMÁ 1999**



---

**Editor**

*Autoridad del Canal de Panamá*

**Coordinación técnica de la edición**

*Lorena Roquebert V.*

**Asesoría Editorial**

*Natalia Ruiz Pino*

*Juan Torres Mantilla*

**Diseño gráfico y diagramación**

*Pablo Menacho*



P.

863

Jurado, Ramón H.

J96

**El desván** / Ramón H. Jurado. — Panamá: Autoridad del Canal, 1999. 66 págs.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Nacionalidad)

Contiene: **Sin fecha fija**, Isis Tejeira, 98 p.

**El último juego**, Gloria Guardia, 175 p.

ISBN 9962-607-24-8

1. LITERATURA PANAMEÑA—NOVELA

2. NOVELAS PANAMEÑAS

I. Título.

La presente edición se publica con autorización de los propietarios de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del editor.

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA  
DE LA NACIONALIDAD**

**Edición conmemorativa  
de la transferencia del Canal a Panamá  
1999**

## **BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD**

**A** esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La **Biblioteca de la Nacionalidad** constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

**Ernesto Pérez Balladares**  
Presidente de la  
República de Panamá



---

Ramón H. Jurado

El desván





*a Jilma Raquel*



*Here lies poor Johnny Kongapot  
Have mercy of him. Gracious God  
As he would if he were God  
And you, poor Johnny Kongapot.*

ABRAHAM LINCOLN



---

Quiere esta novela rendir homenaje al dolor y a la grandeza de Francisco Clark. Su libro, olvidado y al margen de la memoria panameña, es un hermoso alegato sobre la manse-dumbre.

Nunca pude acercarme a Francisco sin exasperarme. Su optimismo matinal, su desesperante esperanza, su agobiadora resignación me acosan como expresiones de una mentira premeditada; una gran falsedad. Es que quien fue muy hombre quiso vivir menos hombre y más Dios.

Separado de Clark por el tiempo y su infinita angustia, lo construyo doliente, atormentado, tal como fue. Construyo al Francisco verdadero, positivo, al presente; el que maldijo por siglos de dolor y miseria su condición de Hombre.





**A**caba de salir una nueva novela de Ramón H. Jurado, *El desván*, donde la agudeza psicológica se da la mano con penetrantes abordajes a más hondos problemas filosóficos. Jurado ha abierto así, para la literatura panameña, regiones inexploradas, terrenos vírgenes que aún la pluma de nuestros escritores no se había atrevido a hollar.

Por ello, *El desván* es una novela distinta. Y distinta quiere decir aquí lo nuevo, tan nuevo que resulta extraño dentro del marco de nuestras letras. De más está hablar de lo difícil que resulta penetrar en ese mundo complejo y misterioso que es la conciencia; pero a tal dificultad, tal esfuerzo... y el esfuerzo no ha sido en vano. El fruto ha sido una novelita extraordinaria, y extraordinaria en más de un sentido.

La objetividad exterior — ruralismo, paisajismo, historismo, etc.— cede aquí lugar a un plano superior de la existencia humana: lo subjetivo, lo interior y no por ello menos valedero— de esa existencia. No más hurgar en la ligera periferia del humano vivir, esa vaga superficie en que se mueve lo transitorio, lo perecedero — tema violado y abusado por nuestras letras—, sino apuntar más allá; a lo abismal, a lo profundo, a la fuente misma del existir: el espíritu, la conciencia. No describir más la vida sino preguntar: ¡Qué es la vida, por qué se vive, si es que se vive! **He allí** lo que intenta Jurado: acercarse a lo esencial del ser en el tiempo. Las posibilidades descubiertas son de una riqueza inusitada.

...La poderosa influencia que el existencialismo ejerce sobre la literatura mundial, despunta con claridad meridiana en la novela de Jurado: ubicación novedosa que desconocíamos en este talentoso escritor, signo inequívoco de que algo se estremece dentro de su espíritu.

...Federico Calvo, que no sabe quién es, de dónde vino, ni siquiera si tiene un pasado, se encuentra suspendido en un presente inmóvil, sin límites, sin perspectiva, como si de pronto se hubiese enfrentado al infinito sin saber qué hacer: “Es como si me hubiese detenido en el umbral de un gran portón hacia el que me lleva irreflexivamente el desvarío, la angustia: allí estoy aún, en un inmenso presente sin movimiento y sin lamentos. La puerta abierta y yo de pie...”

...No hay duda de que Ramón H. Jurado ha logrado, con *El desván*, un momento decisivo de su carrera literaria. La madurez del escritor se hace aquí más patente que en cualquiera otra de sus novelas. El estilo, que a veces es salpicado por ese descarnado verismo que tanto caracteriza la literatura sartriana, alcanza, en otros momentos, niveles de la más pura calidad estética. Pero, ya rudo, ya poético, mantiene siempre su valor literario que, en ninguna circunstancia, desentona dentro de las exigencias de la trama.

Pero más que por su calidad literaria, *El desván* vale como novela ideológica de pensamiento. Por primera vez en nuestro país se escribe una novela en que se planteen tan claramente problemas de orden filosófico. Y ya ello de por sí es un mérito indiscutible, sobre todo si el planteamiento de esos problemas no obliga al escritor a salirse del concepto de lo literario. Saber mezclar ambas cosas sin desmedro de ninguna de ellas es lo que hace al verdadero escritor. Y no hay duda de que Jurado ha sabido cumplir con este compromiso de hombre de letras y de ideas.

ISAÍAS GARCÍA

# Una obra universal

...Las sencillas reflexiones que acabamos de apuntar, han vuelto a nuestro pensamiento como consecuencia de la lectura de *El desván*, novela corta de Ramón. H. Jurado, recientemente aparecida. Porque esta obra, por la intensidad dramática del tema y su valor universal y eterno, lo mismo que por el revestimiento literario, nos ha causado la impresión de algo tan definitivo y tan logrado, que su calidad extraordinaria ha de marcar huella muy honda en las letras nacionales aunque sobre sus méritos —o quizás por lo mismo— se encienda controversia.

*El desván* es un relato aterrador y frío, cuya lectura sobrecoge y anonada ante la infinita tragedia del hombre, de Federico Calvo. El drama alucinante que rodea al protagonista como un halo fatal, encuentra cierta semejanza, si bien tan sólo por su pavorosa intensidad, en muy ilustres precedentes, pues ya se sabe que tanto Edgar Poe, como Andreiev, y más modernamente Kafka, entre otros muchos, han creado personajes destinados a sufrir intolerables situaciones, aun cuando ninguna, ni el sujeto de la metamorfosis de este último —delirio, sueño absurdo— puede compararse con la espantable realidad de Federico Calvo, que es capaz de contemplar en vida su osamenta y a las ratas devorar su carne inútil e indefensa.

Pero el mérito, singularísimo, de esta obra de Jurado, no reside solamente en su determinación de hacer frente a un problema de tanta peligrosidad, sabiendo bien, como escritor, los muchos riesgos de la empresa. Porque para vencer la prueba

airosamente, como lo ha logrado a plenitud, no basta la decisión y el ánimo esforzado, ni siquiera la atracción —irresistible a lgunas veces— de ciertos temas subyugantes, y para alcanzar la perspectiva necesaria es preciso empeñarse en el esfuerzo, quedando expuesto el equilibrio. Sin embargo, no se trata ya del hombre, de Federico Calvo, del dolor humano, soportado, hasta límites inconcebibles, lo que hace únicamente de *El desván* una novela de calidad superlativa, sino que el autor ha sabido relatar con un estilo literario, nuevo entre nosotros y fruto maduro de elaboración muy cuidadosa, creando el clima de alucinación y angustia que la obra necesita. Es la atmósfera asfixiante, poco a poco irrespirable, que aniquila, sin saber por qué, al extranjero de Camus, al Kafkiano visitante del castillo, al Pascual Duarte de Cela, al infeliz campesino de una aldea rumana llevado y traído de alambrada en alambrada que nos presentó Virgil Gheorghiu, a muchas criaturas paridas por Sartre, y a tantos personajes de la literatura actual más alta y más representativa de un mundo atenazado por esta realidad incomprensible. Así, Federico Calvo, sujeto a su camastro por la artritis, no puede comprender, siquiera, si está vivo en la sucesión monótona de días y años. Nada sabe de lo que sucede más allá de los ratones, del bombillo de la luz eléctrica, de la invisible paralítica, o de la robusta y palpitante anatomía de Zoraida, la sirvienta. Como una hoja seca, inmóvil en medio de las enloquecidas espirales de un tornado, allí está quieto, para siempre, Federico Calvo, estático, insensible, con los incisivos rotos a golpe de martillo para poder beber los alimentos; a través de sus mandíbulas herméticas, esperando siempre atisbar la verdad, que nadie alcanza.

*El desván*, novela intensamente impresionante, y de méritos que la equiparan a las mejores obras de su estilo, puede y debe señalar una marca imborrable, un hito permanente en la faena literaria de Jurado —imponiéndole para el futuro difíciles senderos— y significar al mismo tiempo una cumbre vencida en el campo inagotable y siempre abierto de la literatura nacional.

## EL DESVÁN

Porque la inmensa hondura dramática de esta pequeña gran novela y la calidad extraordinaria de su prosa, convierten a este libro en faro indicador de nuevos rumbos, señalando con agudo grito de advertencia los caminos abiertos a quienes, decididos a quebrar los viejos moldes de lo rutinario, quieran acudir a la convocatoria que el dolor humano hace al escritor actual.

RENATO OZORES



Estimado Doctor:

**H**e pensado mucho antes de aceptar la necesidad de escribirle esta carta. Dicho mejor, de dejar a usted la responsabilidad de estos papeles. No trate de entenderme ni de justificarme. Me sobran razones.

Es el caso, que su última charla dejó en mí una profunda desilusión. Desagrado, más bien. Me pareció usted ridículo, absurdo. Si supiese lo petulante que lucía cuando hablaba alegremente sobre el tiempo y la muerte. Pero hay más. Esta noche — es viernes de un mes cualquiera (luego comprenderá por qué no es importante el mes ni el año)— esta noche, decía, me encuentro empavorecido. Una constelación de pequeños acontecimientos misteriosos me tiene absolutamente sobrecogido. ¿Miedo, dije? Sí, precisamente es lo que deseaba decir: miedo, doctor.

Usted recuerda que la campana sonó a las seis de la tarde. Tiene que recordarlo porque siempre suena a las seis de la tarde. Pues bien, en momentos en que abandonaba el salón me desgarré el índice de la mano izquierda. Mire, aquí, en la coyuntura de la segunda y la tercera falange. No di importancia al asunto porque es cosa que sucede diariamente a miles y a miles de personas en el mundo. También, porque de momento el desgarrón sólo produjo un breve dolor intelectual. Sin embargo, al cabo de unos minutos sentí la mano humedecida y al contemplarla descubrí horrorizado que estaba totalmente cubierta de sangre. Maldi-

je de inmediato mi descuido al minimizar la gravedad de la herida y traté entonces de explorar la situación lo más clínicamente posible. Escuche usted, doctor: la herida estaba seca como una sonrisa frívola, es decir, no sangraba. ¿De dónde, entonces, brotaba esa sangre negruzca que me cubría toda la palma de la mano? No lo sé todavía. Es un misterio.

Un tanto preocupado abandoné el lugar. Deseaba llegar con urgencia a casa. ¿No le ha ocurrido alguna vez sentir una inexplicable urgencia de llegar a un sitio? ¿No le ha acontecido, asimismo, que al llegar al lugar, no comprende ni sabe qué lo llevó hasta allí, o qué buscaba? Perdone que me haya apartado del tema. Sucede, pues, que apenas había caminado los primeros tramos, casi tropiezo con el cadáver de un gato. Se trataba, lo comprendo, de otro asunto banal: un automovilista desordenado, acabó imprudentemente con este gato lleno de colorines. ¿Ha escuchado usted la historieta sobre las siete vidas de estos animalitos? Le aclaro que en mi vida he visto numerosos gatos muertos. Es más, recuerdo que una zona de mi infancia la distraje persiguiendo los gatos del vecindario, atándoles trapos encendidos a la cola, cinchándolos con cohetes y artefactos escandalosos, porque me exacerbaba la seguridad vital de estos felinos. Es como si despreciaran al hombre porque compraron la eternidad. Esos gatos, como lo puede imaginar, se suicidaban, estrangulándose enloquecidos por la burla, y la segunda etapa de este juego feroz consistía en la búsqueda y localización de los cadáveres. Pero hay más. *El Pelón* —hijo de una cocinera—, de ojos aterradores iba más lejos: amarraba los gatos y los abría entre aullidos espantosos. De allí, pues, que por todas estas cosas no debía asombrarme el encuentro con el muerto del que hablo. Doctor, se me erizaron los vellos y en ese mismo instante la sangre de mi mano desapareció. Debo agregar un detalle: a lo largo de todo el camino a casa —unos 15 minutos— escuché insistentemente el maullido lastimero, desgarrador, de un gato moribundo.

Escribo estas cosas empavorecido y le dejo a usted toda la

responsabilidad. Además, estoy absolutamente solo. Esto quizás tenga alguna importancia en todo este terrible asunto que me enloquece irremediabilmente. Al abrir la puerta de mi casa, que estaba a oscuras, descubrí un brillo extraño sobre el suelo. Recogí a tientas la carta que de inmediato le transcribo:

Estimado señor:

Con mucha pena le anoto que no he recibido noticias suyas. Usted dirá que soy necio, que no tengo ningún derecho a escribirle y eso es absolutamente cierto. Perdóneme. Si algo está lejos de mi deseo, es justamente el propósito de molestar. Le escribo, porque aquel dolor de la cadera que apenas sí lo mencioné antes, me tiene esta mañana sin poder caminar. Además, es tan bello este amanecer, es tan caprichoso el vuelo de esos pájaros, que deseo vivamente que se tome usted un descanso y disfrutemos juntos este hermoso paisaje. Puede traer a su señora o a su hijo, si los tiene. ¡Podríamos conversar mucho, mucho, hablar de tantas cosas! Perdone estas majaderías pero le diré la verdad: deseaba conversar con usted, con alguien. Espero que el dolor de la cadera alivie de un momento a otro. Besos a su hijo,

FEDERICO



¿Quién es Federico? ¿Por qué debía llegar a mí, y en este momento, esa carta tonta o patética, mordaz o lastimera? ¡Usted sabe que no tengo mujer ni hijos y que jamás he escrito a nadie! De inmediato concurrieron a mi mente el recuerdo de mi mano ensangrentada, el cadáver aullante del gato y los ojos endemoniados de un hombre que no conozco. ¿Quién es Federico y qué desea de mí? Esta interrogación desató un miedo espantoso en todo mi cuerpo. Sé que usted será capaz de comprender esta monstruosa situación y le repito que es suya, particular y absolutamente suya, la responsabilidad del juicio. ¡Qué de cosas han ocurrido en este día!

Con mucha dificultad logré conciliar el sueño. Serían las dos de la mañana cuando sentí golpes aterradores en la puerta. Desprovisto de vacilaciones me dirigí al encuentro del extraño visitante. En el suelo, casi que bajo la puerta, se encontraba este legajo. ¿Quién fue el misterioso portador? ¿Quién golpeaba la puerta? Ya dije a usted que se trata de un enjambre de acontecimientos extraños. Mordido por la tentación, y dueño de una sorprendente serenidad, me dediqué por entero a la lectura del curioso hallazgo. Las claras del amanecer me encontraron en los últimos momentos de la atormentada vida de Federico Calvo.

Tal como la recibí así os la envío. De inmediato numeré las hojas de que consta porque es sumamente importante que ninguna se extravíe. ¿Quién fue Federico Calvo? El día entero lo empeñé en averiguarlo. Recorrí diversos sitios, interrogué a numerosas personas sin éxito. Por último hice lo que él: hablé largamente a la enfermera que escribe de corrido, entusiasmándola con la importancia de mi empeño hasta lograr que me permitiera investigar los archivos de la institución. Obtuve la misma respuesta que llevó Zoraida a Federico.

RAMÓN H. JURADO

¿Pudo ser cierto aquel tormento? ¿Existió Federico Calvo?  
¿Es mentira tanto dolor? Yo deseo, Doctor, saber si usted se  
atreve a negar la existencia de Federico Calvo. Esta es mi peti-  
ción. Y esa es su responsabilidad.

RAMÓN H. JURADO

## I

No puedo decirlo y me resulta imposible de precisar. Pero, si el tiempo no transcurre, si esa luz no se apaga, ¿cómo ha sido posible? Sé bien que hoy es lunes... sí, sábado he dicho. No me siento mejor porque es lunes y mis pies pasan como trozos de lija sobre los barrotes de esta vieja cama. Me llenó de insomnio ese rugir feroz, estúpido, amenazador, de los ratones en el estante. Aquí, arriba, en este oscuro desván de trastos viejos, descubrí por primera vez la perversidad de los hombres, de los ratones. Enemigos de esta lámpara que nunca reposa, murmuraron toda la noche en una tertulia hambrienta y de rato en rato, el mayor, el sabio, asomaba sus ojos enormes, sus dientes de clavo y sonreía.

—Te esperamos.

De pronto los vi salir en caravana, luego de gritos y voces jubilosas en el estante vacío, trepar por los barrotes de este camastro de madera, mirar apetitosamente mis pies y seguir mientras murmuraban cosas horribles entre sí. Subían no sé cómo por la columna de concreto, corrían como locos por el cielorraso oscuro y bajaban por la trampa de polvo hasta los orígenes del cordón. Desde hace días conozco sus propósitos: destruir la única lámpara que alumbra mi vida. Yo confiaba en la prudencia, en la sabiduría técnica y me decía, cantándome esperanzas, que nunca triunfarían en sus afanes. El hilo colgaba perpendicular sobre mi cama y aseguraba con palabras de fuerza a la humanidad incrédula que el único amigo de los hombres es la fuerza de

gravedad. En eso sentí un griterío ensordecedor en lo más oscuro de la trampa de polvo: los señores ratones discutían. Entonces comprendí toda su audacia, todo su atrevimiento. Él, el Sabio, el perverso, el peor de todos, asomó su cabezota estúpida y me sonrió. Avanzó unos pasos. Cruzó vertiginoso por un desfiladero, se detuvo sobre una saliente, posándose junto al sitio en donde el cordón se enterraba en las sombras del techo.

—¿A dónde vas? —gritaba yo—. ¿A dónde vas?

El sabio miraba hacia abajo burlonamente y sonreía. Sólo ese cordón se levantaba, como una muralla de bronce, entre su hambre asesina y mi cuerpo inmóvil. Ellos lo sabían. Yo lo sabía. Todos lo sabíamos. Cuando consiguieran silenciar esa única luz de mi desván, se abalanzarían como tigres sangrientos sobre mis pies fríos y duros, sobre mis muslos, sobre mis ojos que yo no sé por qué se han hundido de pronto. Intenté mover una pierna, porque sólo un mínimo movimiento podría salvarme. Pero no podría decirlo: creo que lo único que hizo un ligero gesto, imperceptible, muy tenue, fue la pata de la cama. Por ello el Sabio me miraba burlonamente. Entonces empezó lo peor. Bajaba. Bajaba cautelosamente por el cordón. Comprendí toda su grandeza: por qué era el más atrevido, el más audaz, por qué era el Sabio: cuando el cordón —buen amigo mío— oscilaba para aliviar mi desventura, se detenía agarrándose con avaricia. Luego reiniciaba la mortal empresa. Lo veía agrandarse por momentos: su cabezota estúpida, sus dientes de clavos, sus ojos lascivos, y los chillidos penetraban por mis orejas como taladros. Pero con todo, conservaba la esperanza. Mas el Sabio avanzaba y todo parecía inútil: estaba encima de la lamparilla, sonriente, triunfal. Fue un instante de terror indescriptible. Yo grité espantosamente:

—¡Zoraidaaa...! ¡Zoraidaaa ... !

Nadie podía escuchar esa voz desesperada que caía desde el desván porque sólo estaba en mi pensamiento.

—¡Zoraidaaa ... ! Me comen... Me muerden... Zoraidaaa...

Sobre mí, encima de mí, estaba el sabio. Un movimiento más

y el bombillo eléctrico estallaría. Y ya empezaba a oír sobre el traquido de mis huesos el ruido desgarrador de los ratones rumiándome los pies.

—¡Corran... Corran que me cooomen... Me muerdeen, Zoraidaaaa...!

Hubo un ligero chisporroteo en el cordón y estalló la algarazara de los ratones que presenciaban cínicamente desde el techo los sucesos. El Sabio, no sé por qué, se acobardó. Soltando un chillido aterrador, impresionante, como de tigrillo, se lanzó al vacío, cayendo justamente entre mis piernas...

—¡Zoraid ... aaa...!

Huyó... huyó vertiginosamente, fugaz, y se metió en el estante. Hubo una correría atronadora en el cielo raso acompañada de gritos y voces de admiración y, llenos de sorpresa, los otros pasaron frente a mis pies fríos, blancos, duros y eternamente tiesos, para reunirse en el estante.

Yo nací en el miedo. Cuando descubrí la razón y alguien me habló sobre la conciencia, encontré que mi conciencia era el miedo, lo que siempre temblaba. Sé que no seré nada porque nunca me dejaron ser y sólo podré convertirme en un molino de viento, seco y alto, un molino de viento inútil, sin viento. ¡Ah, pero es todo lo que puedo ser!

¡Si yo contara mi historia, mi curiosa historia de piedra dura! ¿Habéis oído por casualidad en la alta noche los berridos espantosos de una mesa coja? ¿Tenéis noticia de la conversación jubilosa, de los ratones en un estante? Esa es precisamente la historia de mi hundimiento... de mi conocimiento de la muerte. Estoy acabando y cada día soy más ancho, ocupo más espacio. No podría decir desde cuándo este cuerpo mío está paralizado. La anquilosis poderosa vino golpeándome las piernas y sé que hacia abajo sólo está la cama porque esta mañana, precisamente, la sentía hurgándome las caderas. Es todo lo que hay allí: cama... cama... y los dientes hambrientos de los ratones. Hace un rato... la semana pasada... me dormí con los ojos abiertos. En-

tonces anduve como una mesa estúpida dando golpes locos. No he dormido más. A veces, para distraerme, cierro los párpados, pero brinco y meto los ojos en el mitin de los ratones que discuten comerse mis pies duros y blancos. Ellos tampoco se mueven. Están en vela noche y día, digo, eternamente, pendientes de este bombillo que cuelga sobre mí, de que la oscuridad se apodere de este desván lleno de polvo y silencio.

## II

**Y**o he dicho esto mil veces. ¡Mil veces! Conocí a Zoraida por casualidad. Cuando se piensa en el pasado se comprende que el porvenir es una tonta estratagema. Sin embargo, al confesar estas cosas, soy optimista. Me lleno de una injusta esperanza, porque lo único cierto en todo este asunto es que dentro de un año o dos, tal vez, empezará a abrazarme el pescuezo. El porvenir, pues, es asunto de detalles: me estrangula una vena en vez de la aorta o, sencillamente, los ratones me comen los ojos si llego a dormirme. Eso es así. El futuro está totalmente sometido a los elementos estúpidos de este cuarto. Y diría mil veces mi historia y siempre sería horrorosamente igual. Es fácil, entonces, ver que todo estaba organizado para este final, digo, que todo sigue plácidamente organizado para el final.

Conocí a Zoraida por casualidad. No recuerdo muy claramente cómo ni por qué, pero lo cierto es que empecé a frecuentar las pensiones. Unas veces sólo a comer, ya que dormía en cualquier parte, y poco antes de que esto sucediese, era un abonado. Resulta que el cliente de las pensiones es como el adolescente de los internados: se va entregando al miedo.

Un día conocí a Zoraida por casualidad. Fue el único apogeo de mi vida. Generalmente las viejas enfermas, viudas o sin hijos, inventan una pensión para sentirse en el mundo. Esto pasó en mi caso. La vieja dueña estaba —está— lisiada en una silla. Zoraida era el alma de la pensión. Todos, desde el gato hasta la vieja que nunca he conocido, pero que me espanta a ve-

ces; y el periodiquero y el hombre que vende la carne; también el carbonero acompañado en ocasiones por la muchacha estrábica de la vecindad, todo el mundo, pues, llamaba a Zoraida. Para comer, para dormir, para insultar, para recoger los excrementos del gato —inevitables a la entrada de la puerta— había que llamarla.

Conocí a Zoraida por casualidad. La gente de pensión tiene cara de pensión. Casi no le vi el rostro tras el cargamento de plátanos que llevaba en los brazos; sin embargo, la seguí con una fidelidad que hoy me asombra. La vi entrar al zaguán y ascender por la escalera sucia que lucía en el centro una faja de linóleo. Luego dobló por una puerta angosta aunque la escalera continuaba hacia otros pisos.

Me detuve en el umbral. De pronto oí una voz al fondo.

—¡Eres tú, Zoraida?

—Sí.

—¿A cómo estaban? ¿A diez por real y medio?

—Sí.

Vino un silencio largo en que sólo se oían los pasos de Zoraida. Iban, venían; iban, venían. No hay nada más angustioso que el sonido de los pasos. Entonces me moví y se oyó el ruido de una tabla podrida. Despierta, gruesa como un rugido de espanto, volvió la voz.

—¿Quién es?

Zoraida también detuvo su ir y venir. La vieja enferma insistió:

—¿Quién es, he dicho? Zoraida, ¿quién es ... ? Entonces Zoraida se acercó mirándome con una cara que todavía no sé si era de miedo. Hay gente que mira con presentimientos.

—Ajá— dijo.

Yo miraba un gato clavado en la pared.

—¿Quién es, Zoraida?— la voz de la lisiada me arañaba.

—¡Espérese!— gritó Zoraida.

Y volviéndose a mí:

—¿Ajaá, pues ... ?

—¿Esto es una pensión, verdad?

—Umjú.

—¿Hay comida?

Me miró de arriba a abajo:

—No.

—¿No me dijo que esto era una pensión?

—Sí.

—“Zoraida, por Dios, ¿quién es?”

—¡Espérese!

—Entonces, ¿por qué no hay comida?

—Señor, porque a esta hora no hay comida en ninguna parte.



### III

**E**sa tarde comí allí y la otra y la otra. Una noche me quedé a dormir y desde entonces he dormido aquí todas las noches. Esto lo escribo con la ayuda de Zoraida. De vez en cuando viene con una tabla que apoya verticalmente en mi pecho y la sujeta hasta cuando yo me canso de escribir o la vieja grita y ella responde: “¡Espérese!”.

Éramos muchos los comensales. No sé cuántos somos ahora. Cuando uno se interna en pensiones es porque huye de algo. Ahora no recuerdo a qué huía yo. Tal vez no huía sino que buscaba esto. Los ratones, digo. ¿En los recuerdos de quién aparece un ratón? De nadie. Un ratón es como un dedo amputado, o la tercera mano que nos falta, o el ojo en la espalda: cosas que nadie necesita.

No sé si huía, pero, desde la primera noche, gastaba el tiempo de la sobremesa en leer o en dibujar el curso de unos ríos que han de secarse.

Las venas son objetos caprichosos, muy semejantes a arroyos de arena, secos en verano, turbios en invierno, o secos simplemente. Entonces nacen las madre viejas. A veces el cuerpo pesa como un tejido de madre viejas lleno de murciélagos y cucarachas. Es curioso, pero aquí nunca he visto una cucaracha. Ni un murciélago.

Aquella noche escribía. Voy a explicarme mejor: siempre tuve la costumbre de escribir a alguien. No recuerdo haber tenido un amigo, ni un conocido. Yo no conozco a nadie. Pero me

gustaba hacer cartas y ponerles un nombre cualquiera. Las depositaba en el correo, y tengo once años de esperar una respuesta. Hay miles de cartas que envié a miles de personas. Personas que existen porque envié esas cartas. Pero a ratos pienso que yo no existo. Hay, para esto, el testimonio de once años.

Cuando escribo estas cosas, veo los ojos de Zoraida por encima de la tabla. En uno de los dedos de la mano derecha tiene una pequeña cortada de cocinera. Es indispensable que las cocineras tengan cortadas en las manos. También, cuando se levanta un poco, para mirar lo que escribo, le veo los senos. A mí no me importa; a ella sí. Trata siempre de acercarlos a mis ojos.

Aquella noche escribía. He dicho esto mil veces también. En eso llegó Zoraida con un periódico en las manos. Desde hacía noches me estaba rondando y tenía la seguridad de que llevaba semanas pensando en una razón para acercárame. Por toda respuesta levanté brevemente la cara y volví a mi tarea. Era la carta 427 y pensaba que sería la última. En ocasiones llegué a escribir dos diarias. El mundo es muy ancho. Muy extraño. Con cinco letras se puede construir una infinidad de nombres, de personas. Mis cartas siempre han sido muy respetuosas. Buenas. Al hombre le espanta el dolor y le huye a la limosna. Yo nunca pedí nada. Hablaba de cosas bonitas, sin mencionar a Dios, porque siempre he tenido la necesidad de conversar con alguien, de construir un amigo. Sí, yo nunca dije nada de mí mismo en las cartas. Deben andar por allí... andando, andando, porque todavía no he recibido una respuesta.

Zoraida extendió el periódico sobre la mesa. No habló, pero trataba de escandalizar zurrando el papel.

—I ... tler..ha ... bló en Mu ... nnn ... ic..,

—¿Cómo dijiste?

—Aquí dice... dice aquí —y me mostró un título de muchas columnas.

—Ajá. ¿y tú sabes leer, Zoraida?

—¿No lo está viendo? ¿qué es lo que dice, pues ... ?

—Sí, está bien. ¿Y sabes escribir también?

—¡Eso no!

—¿Y por qué no sabes escribir?

—Porque no me han enseñado.

Durante mucho tiempo dejé de escribir cartas. Después de todo, ¿para qué las escribía? Ah, sí; porque quería conversar. Entonces, pues, me dediqué a conversar con Zoraida. Pero lo cierto es que al principio no me enteré, o mejor dicho, no me di por aludido. Siempre he tenido la sensación de que estoy escondido. Efectivamente estoy escondido. Ni la vieja, ni los comensales saben que estoy aquí. Me tiene escondido Zoraida. A veces he oído a la vieja, enferma también, que grita:

—“Oye muchacha, ¿y qué fue del hombre aquél?”

Sé que pregunta por mí, pero Zoraida contesta:

—“Uy, ya va para muchos años que se fue”.

Yo le hablaba sobre las cosas de los periódicos, pero todavía no sabe escribir. Y lee de igual manera: “Guel... ga in... quiilin... aria”. Esa vez, cuando dijo “... aria” se volvió hacia mí posando uno de sus senos sobre mi mano izquierda. Yo la retiré en seguida. Al levantarse le vi unos muslos muy gruesos y las piernas que embocaban maravillosamente en la rodilla. Recogió el periódico y se fue.

Busqué la carta inconclusa para continuarla:

*“ ... Sé muy bien que es usted una persona distinguida. Perdóneme la molestia. Su hijito es muy inteligente y usted debe sentirse orgulloso de él. Quiero recordarle algo muy importante: el próximo martes hay una luna espléndida. Lléguese a la rampa del mercado o al jardín, que alumbra a la estatua de Balboa y comprenderá que el mar es bello. Hoy de seguro desayunó usted ...”*

Levanté la cabeza porque Zoraida regresaba. Se colocó de espaldas a mí y su pelo frondoso rodaba sobre sus hombros desnudos. No me dijo una palabra y se fue a lavar las ollas.



## IV

Cuando Zoraida me mostró los muslos aquella noche, presentí lo inevitable ¡ja ¡ja! ¡Qué cosas!. ¡Lo mismo que ayer y lo mismo que otro ayer y lo mismo que otro y otro y otro ayer, Zoraida está encima de mí, tratando de ver lo que escribo!

Siempre he vivido de presentimientos: una mañana desperté con un ligero dolor en la cadera derecha. De inmediato invadió mi cuerpo un miedo incalculable. Me senté y las sospechas se verificaron: el dolor en la cadera era espantoso. Me agarraba las articulaciones de la ingle, llegando a enroscárseme como un bejuco en el tobillo. Sentí la sangre paralizada y los ojos enloquecidos. Esto último, quizá, fue, lo que me incitó a gritar espantosamente olvidando de momento que estaba totalmente solo y que mi madre había muerto hacía años. ¿Puede usted comprenderme?

Tuve la costumbre de buscar los sitios más apartados para vivir. Volvía de noche a mi cuarto de escasas luces. Allí pensaba en la última carta escrita y en la otra y en la otra. Sonreía confiado en que, de un momento a otro, el hombre me contestaría; que bajo la puerta o a la entrada de la casa, yo también encontraría una carta. Pero no sé, yo no culpo a nadie: todo el mundo está muy ocupado. También puede ser que no sepan quién soy y nadie gusta de escribir a desconocidos, aunque sólo sea para hablar de la luna o de la muerte del niño. Ni aun el día de mi dolor espantoso en la cadera dejé de sonreír al anochecer. Siempre he vivido esperando. Zoraida también.

Me levanté horrorizado. La pierna estaba tensa, vibrante. Luego de unos pasos trabajosos recobré cierta flexibilidad, aunque el dolor en la cintura agudizó. Sin embargo, eché a andar hacia la gente, presuroso, acosado por la más extraña inquietud. Nadie me miraba. Yo en cambio volvía a mirar a todo el mundo. A veces es conveniente que alguien pregunte por la salud de uno. Puede entonces decirse que se ha amanecido con un fuerte dolor en la cadera y que se teme no poder caminar más. Pero a mí nunca nadie me preguntó nada.

—“Zoraida...”

—Me llaman.

—Sí, te está llamando la vieja.

—Ya me tiene muy cansada. Ni se compone ni se muere.

—Está peor que yo.

—¿Para qué decir esas cosas, si sabe que lo estoy componiendo? No se lo quería decir, pero conseguía una toma nueva...

—“¡¡Zoridaaaaa!!”

—Ahorita vuelvo. Le dejo la tabla aquí. Deme ese lápiz, no sea que se vaya a hacer un daño.

La pobre teme más al suicidio que yo. Siempre se le ocurre que estoy mejorando. Todos los días de todos los años me dice lo mismo. Creo que ha llegado a preparar medicinas por su cuenta. Cuando resolvió esconderme aquí, yo estaba, hasta cierto punto, bien. Lo único malo es que tenía todas las piernas, los pies, las caderas, las vértebras lumbares y el codo derecho anquilosados. Hoy sólo me quedan la muñeca, los tarsos y los metatarsos de la izquierda con alguna disposición para escribir. La boca la tengo ceñida, dura, soldada. Mi comida son líquidos que Zoraida cuela entre dos dientes que ella misma me sacó. ¡Y la pobre dice que estoy mejorando! Hasta los ratones que están en el estante saben que de un momento a otro podrán roerme los pies sin apremios. Pero hay algo más: sencillamente no puedo suicidarme. Sólo ella, Zoraida, podría ayudarme.

Pero ríe, llora o enfurece a la menor insinuación. Es que ella me espera. De eso estoy absolutamente seguro.

\*\*

¿Qué hora será? Hace algún rato que no siento los ratones. Generalmente cuando Zoraida está conmigo no me molestan. Hasta cierto punto son discretos. Pero ni siquiera en el cuarto vecino siento voces. No sé por qué se me ocurre que lo menos humano es la voz. Cualquier ruido se le parece. Por ejemplo yo oigo con facilidad la conversación que se me ocurre. Las campanas, la lluvia, el ruido de los pasos, en fin, todo está lleno de palabras. Es cosa personal, íntima, de uno.

Cuando Zoraida regrese, le diré que no pienso escribir más. Ya me está pareciendo inútil, visto que todo el mundo está ocupado. También, porque me avergüenza un poco confesar el engaño. Yo vine a esta pensión huyéndole a la soledad. Esto, entiéndase bien, es una confesión. Es, asimismo, la primera vez que lo digo. ¡Que me lo digo! Pues aquel dolor de la cadera se deshizo hacia el mediodía. Y si la mañana toda la empeñé en caminar, en la tarde llegué a la tontería de correr. ¡Como si se pudiera huir...! Sólo al anochecer, por la necesidad de encontrar la carta, regresé a casa. Como siempre, sonreí. Está tan ocupada la gente...

No recuerdo cuánto tiempo pasó. Eso sí, fue el día 29 de cualquier mes. Una de mis mayores dificultades ha sido el tiempo. La memoria también. El caso es explicable. Resulta que cuando se llevan dieciséis años en una cama, y por toda comida sólo hay caldo en la mañana, caldo al mediodía y caldo en la noche; y los ratones, y el estante, y Zoraida, y el bombillo encendido, y todo, pues, todo es igual, uno no recuerda absolutamente nada. Es ayer, o mañana, u hoy. Esto, desde luego, no lo voy a escribir, pues tan pronto vuelva Zoraida, le diré que se lleve la tabla y el lápiz. Tal vez sea pena o timidez, pero creo tener mis razones: si aquella

mañana nadie me vio el dolor de la cadera derecha y el hombre nunca me escribió una carta, para qué entonces hacer que Zoraida me esté enseñando los senos y escondiéndome el lápiz, empeñada en evitar que me suicide sacándome los ojos? Cada vez que me doy a pensar digo tonterías. Tengo años de no pensar en suicidarme. Por otra parte, hay el problema serio de los ratones... ¿No ve? Allí están... ya salió el Sabio a la cabeza. ¿Qué habrán tramado? ¿Qué recurso nuevo descubrieron para apagar el bombillo? ¡Ya viene...! ¡Ya vienen! Esta vez directamente hacia mí... Avanzan... son tres. El Sabio viene como siempre, adelante. El resto de la tropilla se ha quedado vigilando y riendo en el estante. ¡Vieneeen! ¡Vieneeen hacia míiii ...! Suben por la cama... se me trepan por las piernas... me han pasado veloces por el pecho y se han lanzado escandalosamente al suelo. Malditos, malditos ratones...! ¿Qué se han hecho ahora? ¿Donde están, digo, dónde están? Este es el silencio que me espanta.

## V

Voy a decir la verdad: cuando seguí a Zoraida, que caminaba delante de mí cargada de plátanos, venía acosado por un miedo infernal. Las piernas me temblaban y había notado que mi muslo derecho se estaba enflaqueciendo visiblemente. Tenía días de andar mirando a todo el mundo, de estar escribiendo cartas, pero lo de siempre: nadie se ha enterado de que existo. ¡Los años que tengo que estar aquí y nadie lo sabe! Dejé la casa en donde vivía apartado y me acerqué a los hoteles y a las pensiones. En estos sitios siempre hay gente que entra y sale. Pero la humanidad entraba y salía y mi miedo aumentaba. Trataré de explicarme mejor. Después del dolor aquel, todo anduvo bien, con la excepción del muslo que se adelgazaba. Un día que me preparaba a salir, hice el descubrimiento: la uña del dedo grande del pie se me había desprendido por la mitad y la carne estaba podrida.

Por una esquina se veía el hueso casi a la intemperie. Toqué y estaba insensible. Pensando que podía ser mi mano, usé el palillo de fósforo. Hurgaba la carne podrida, incluso llegué a levantar el tendón que cubre el hueso y fue como si estuviese escarbando ociosamente la suela de mis zapatos: no sentía nada. Absolutamente nada. Estuve a punto de gritar, pero recordé que la primera vez había sido en vano y permanecí callado. Tenía un miedo horrible. Empavorecido me lancé a la calle, pero, como la vez anterior, nadie se enteraba de que yo me estaba pudriendo. A veces, la gente tiene razón, sabe lo que hace: no me moría. —En el

fondo he sido un poco injusto, porque después de todo no tienen por qué preguntarme cómo he amanecido hoy—. Esa noche no regresé a casa en busca de cartas. Ni volví más. Anduve de hoteles en pensiones hasta que di con Zoraida cargada de plátanos.

Desde aquel día, jamás he salido de esta pensión. La Pensión... ¿Cómo se llama? Qué curioso, no sé cómo se llama. Bueno, yo siempre estuve pensando en otras cosas. Al principio tomé mucho tiempo estudiando el *Tratado de Patología* del Dr. William Osler. Nada se decía allí sobre mi mal. El tratado del Dr. Lewellyn, *Arthritis Deformans*, se concretaba al estudio de la osteoartritis y de la espondilitis. También me empeñé en la lectura de las *Enfermedades Inflamatorias*, del doctor Peter Daniel. Lo mismo de siempre: parece que mi enfermedad no merece un alivio, un remedio, porque ni siquiera la mencionan. A estas cosas me dedicaba en los primeros años.

\*\*

Yo sabía que Zoraida estaba vivamente preocupada por todo lo mío. Durante un tiempo estuvo buscando excusas para acercármese. Como el pretexto del periódico le resultó útil, continuó usándolo y luego su amor repentino por la cultura hizo el resto. Hasta parecía avisarme cuando iba a llegar. Con las ollas y otros utensilios de cocina improvisó una especie de código de señales que me tenían al tanto de sus pasos. Mi comida era siempre la última y no sé si la mejor de la casa. Después de todo, ella era la que hacía y deshacía porque la vieja enferma, a quien nunca he visto la cara, sólo ha vivido desde hace treinta años preocupada de su muerte. Yo era el último en comer y, no bien me había sentado a la mesa, empezaba en la cocina el lenguaje singular de Zoraida avisándome de todos sus pasos. Y cuando sentía el ruido, de la olla grande contra la llave del fregador, sabía que Zoraida estaba a punto de llegar.

Esto sucedía mientras yo estudiaba el Tratado del Dr. Peter

Daniel. A veces pienso y me parece que todo es muy natural. Aquí cabe otra confesión. Después del primer dolor, tuve por seguro que se trataba de un reumatismo benigno con algunos elementos de malaria crónica. También estaba el hecho histórico, de mérito considerable pero del cual tuve conocimiento cuando ya todo era inútil. Supe por ejemplo que mi abuela estuvo tullida por unos seis meses y que al sanar le quedaron las coyunturas de la mano derecha deformadas y con una ligera parálisis. Llegué a enterarme, asimismo, de que mi madre estuvo totalmente paralizada por más de un año. De manera, pues, que hay un poco de exageración y egoísmo de mi parte cuando en ocasiones llego hasta desesperarme por culpa de los ratones.

Como yo desaparecía y aparecía sin que nadie notase mi presencia, ocurrió que resolví, a propósito del dolor en la cadera derecha —es muy importante saber que se trataba de la cadera derecha— que volvió al cabo de los meses, consultarle a un médico. Con el mayor respeto me dirigí al hospital Santo Tomás. Todos los señores, con alguna autoridad allí eran norteamericanos. Tres meses estuve tratándome y mi dolor aumentaba. Una mañana, claro está, desperté con el tobillo derecho exageradamente hinchado hasta el punto de que me resultaba doloroso caminar. Me era imposible caminar.

—El enflaquecimiento de su muslo derecho se debe a una falta de ejercicio. Usted ha debido padecer una larga cojera.

Tenía toda la razón el doctor. Es posible que yo haya sido un hombre cojo. Pensé que si la gente me hubiese hablado alguna vez, me hubiese dicho por ejemplo *Tuerto, Manco, Cojo*, yo habría sabido, que era cojo y a lo mejor no me encontraría hoy aquí. Pero nunca lo supe.

—Creo que usted padece tuberculosis de la cadera. Su dolor de la rodilla es sólo un reflejo del mal de la cadera.

¿Para qué insistirle en que yo creía que se trataba de la misma cosa, que no había tal reflejo porque a veces también se me hinchaba la rodilla? Hoy sé que yo tenía la razón, pero siempre he

creído que los médicos jamás se equivocan.

—Mi diagnóstico es definitivo. Además, no padece usted ninguna otra enfermedad porque la tuberculosis de la cadera está aislada y no contagia otros órganos del cuerpo.

Yo escuchaba al médico con verdadero asombro y gratitud, porque he sido de parecer que la gente es buena. Sin embargo no me sentía la tuberculosis por parte alguna.

—Si la infección fuera en los hombros, habría peligro de contaminación pulmonar —repetía implacablemente el facultativo—. La tuberculosis de la cadera es difícil de tratar porque no hay manera de comunicarse directamente con el bacilo.

—¿Qué me recomienda usted doctor?

—La única posibilidad es una operación muy dolorosa. Debemos quebrarle ciertas adherencias de la conyuntura. Es la única posibilidad de acabar la anquilosis y tal vez con la enfermedad misma.

—¿Usted ha hecho esta operación antes?

Cuando pronuncié esas palabras no tenía el más leve propósito de molestarlo, ni dudaba tampoco de su sabiduría. No sé si a todos les pasará lo mismo: siempre me ha gustado saber si puedo curarme.

—No, nunca he hecho tal operación.

—¿Se ha hecho antes en este hospital?

—No, tampoco. Pero estoy enterado de que en otros lugares se ha realizado con éxito en el tratamiento de la tuberculosis de la cadera.

—¿Representa algún peligro la operación, doctor?

—No puedo garantizarle absolutamente nada. El peligro de posibles complicaciones siempre existe, Si usted...

—Perdóneme, doctor; no es que desconfíe. Está bien. Haremos lo que usted considere conveniente.

Fijaron la fecha de mi operación para cinco días más tarde. No sé si decir estas cosas, pues lo cierto es que no pienso mal de nadie ni quisiera que nadie pensara mal de nadie. Pero el día se-

ñalado llegué muy temprano al vestíbulo de la sala de operaciones. Esto que estoy diciendo es rigurosamente cierto. Si no fuera mucha impertinencia, le rogaría a usted acercarse a los archivos del hospital Santo Tomás y constatar si es o no cierto que Federico Calvo debió ser operado el día 5 de octubre de 1912 por una infección de tuberculosis en la cadera. Me gustaría que alguien fuese a averiguar, a preguntar, porque llevo tiempo pensando en que es muy posible que hasta esa única constancia de mí mismo haya desaparecido. Si esa definitiva constancia de mí mismo no apareciera es muy lógico pensar que yo no he existido.

Me senté silencioso en el vestíbulo de la Sala de Operaciones. Sonreí a otros pacientes que aguardaban, pero nadie pareció enterarse. También es verdad que cuando se está enfermo no se tienen ganas de reír. Pasó una hora. Pasó otra hora. Cuando ya doblaba la mañana, traté de escribir una nueva carta:

*“Estimado señor:*

*La mañana ha amanecido encantadora y desde el alféizar de mi ventana que da hacia el valle de ensueños, descubro un tropel de nubecillas que hacen cosquillas a los cerros que me custodian. Acaba de posarse en el alero ...”*

—Señor ...

Levanté la cabeza sorprendido. Una joven encantadora, toda en blanco, trataba de hablarme:

—Señor, dice el doctor que no podrá operarlo hoy porque tiene mucho trabajo. Vuelva usted mañana.

Eso es verdad: el doctor tenía mucho trabajo y quería descansar. Muy justos los motivos del doctor. Pero el inconveniente es que durante la espera y porque para escribir apoyé el cuerpo sobre la rodilla, el tobillo se me hinchó bárbaramente y tuve

que esperar otras horas más para dar un paso. Nadie me ayudó a bajar esas enormes escaleras del hospital.

Al otro día llegué más temprano. Seguramente la culpa fue mía por no haber llegado el primero. Se presentaron otros pacientes pero ninguno deseaba sonreír. Pasó una hora. Pasó otra hora.

*“... un ruiseñor. Desde chico me enseñaron que los ruiseñores son los mensajeros de Dios. Este canta maravillosamente. También veo a lo lejos un cordón de gallinas enloquecidas por la belleza del sol...”*

—Señor...

Nuevamente estaba frente a mí la encantadora enfermera deseosa de hablarme. Pensé que hubiera podido sonreír como lo hacía yo, pero de seguro estaba muy ocupada.

—Señor, dice el doctor que está muy ocupado. Tal vez mañana lo atenderá a usted.

El oficio de médico debe ser muy agotador. Además, es muy noble ese afán de conocer las enfermedades del prójimo. Claro que a veces no tienen tiempo para atender a todos. Esto es muy humano y si todos tratáramos de estudiar una cosa tan importante como la medicina, no tendríamos por qué cansar tanto a los médicos.

Me parece que al otro día fui demasiado temprano: aguardé algún tiempo hasta que el vestíbulo de la Sala de Operaciones estuvo abierto al público. Sería interesante buscar en el hospital la cuadrícula de Federico Calvo. A lo mejor se ha perdido.

Llegaron otros pacientes. Todos serios: el doctor estaba en lo cierto. Mi sitio era el mismo.

*“ ... No creo que exista en el mundo rincón más encantador que esta casa mía. El sol sale siempre justamente por encima de unos inmensos guachapalíes que*

*están allá abajo en la hondonada. Pienso que una vez hubo una quebrada por aquí. O habrá, porque es muy necesaria. Con todo, amigo mío, esto es muy encantador. Y precisamente le escribo porque como sé que es usted un hombre sumamente ocupado, le resulta muy conveniente un descanso de vez en cuando. Esta carta tiene por...”*

—Señor...

—No se moleste, señorita; ya lo sé: el doctor está muy ocupado y no podrá operarme hoy. Volveré mañana.

*...objeto invitarlo a que disfrute de estas maravillas. Aquí en mi casa se sentirá como en la suya propia. Me gustaría que usted fuese amigo del ruiseñor, ese mensajero de Dios que canta maravillosamente. No olvide que tiene a sus órdenes un amigo que lo aprecia de veras,*

*FEDERICO.*

Doblé la carta porque el doctor estaba muy ocupado, como lo estuvo ayer, y antes de ayer y antes de antes... Bajé con mucho trabajo las inmensas escaleras. Envié la carta y nunca más he vuelto al hospital. A veces pienso que fui muy impertinente con el doctor.



## VI

**Z**oraida nunca ha sabido nada de esto. Aunque la uña no salió más, la carne cicatrizó como una quemadura, pero tuve el pertinaz convencimiento de que esas cosas no eran más que señales, síntomas de algo más grande que estaba a punto de sobrevenirme. Esa espera es la que me tenía encerrado en la pensión atento a que Zoraida golpeará la olla grande contra la llave del lavatorio.

Creo que no he llegado a entender a Zoraida. Siempre me la figuro con la cara llena de plátanos. En esto también hay mucho de injusticia mía. ¿Por qué me di a perseguirla? He podido muy bien irme a la playa —eternamente solitaria— y estar todavía allí. O sentarme en un bote, allí lejos, en el medio del mar en donde nadie tiene ganas de hablar ni de reír. Pero la verdad es que me escondí aquí huyéndole a algo o esperando algo que es lo mismo. Huir es una manera de esperar.

Pero mis relaciones con Zoraida fueron tomando un matiz desagradable. Aunque casi no hablaba, tengo la absoluta convicción de que se fue imaginando cosas extrañas, muy distintas a mi creciente intimidad con el *Tratado sobre las Enfermedades Inflammatorias* del doctor Peter Daniel. Pero siempre el sonido de la olla grande sobre la llave del lavatorio era la señal. El aviso de que había terminado y estaba propicia. Estoy absolutamente seguro de que esto era así.

Un día encontré una pieza muy íntima del vestuario de Zoraida sobre la cabecera de mi cama. Nunca supe a qué hora

estuvo allí, porque en muy pocas ocasiones abandonaba mi cuarto. No di importancia al suceso y el trapo desapareció misteriosamente también. Siempre los síntomas, las señales. Sin embargo, Zoraida nada decía.

Otra vez la sentí correr. Me pareció muy extraño porque ella todo lo hacía con unos pasitos que resultaba imposible imaginar que pudiera darlos más grandes o más chicos, y lo peor, que pudiese correr. Los pasitos de Zoraida son de una gran importancia en mi vida.

Tengo la idea de que entonces, cuando todavía caminaba, a ciertas horas del día o tal vez de la noche, me empeñaba en recorrer la casa. Iba de un cuarto a otro, y de éste al siguiente y de allí al de más allá para regresar al primero, rondando siempre el aposento de la vieja asustada por la muerte, que cuando no llamaba a Zoraida, dormía o roncaba. El cuarto de la vieja tenía una ventana grande protegida por una gruesa cortina blanca y daba directamente sobre el techo de la casa vecina. Me parece que, a determinadas horas, Zoraida rodaba algo hacia la ventana y lo abandonaba allí: era la vieja. Todavía está viva con el miedo a la muerte. ¡Uy han pasado, años...! Todo esto lo hacía Zoraida con sus pasitos. Así, pues, me pareció muy extraño cuando la sentí correr delante de mí. Además, es bueno saber que en esa casa no se podía correr. Sin embargo, pronto comprendí los motivos de la extraña carrera: sentada sobre un pequeño cajón, incómodamente, estaba Zoraida. Mostraba toda la pierna, el muslo, y parte considerable de la nalga derecha, totalmente desnudos. Veamos: Zoraida tenía la cabeza inclinada hacia un lado, con el largo pelo enmarañado que le tocaba los senos. Simulaba buscar algo escondido bajo su pierna izquierda y el cajón. Lo curioso es que se había desnudado intencionalmente: con la mano rasgó el traje desde el canto de la falda hasta la cintura, de suerte que caía a uno y otro lado de sus extraordinarios muslos. No sé si lo dije: las piernas de Zoraida eran maravillosas y embocaban con una gracia infinita hacia los muslos. Creo que la quedé viendo, pero

seguí hacia mi cuarto, que, como siempre, estaba absolutamente solo y en penumbra. En seguida Zoraida se alejó con sus pasos por el balcón interior.

En la noche, poco antes de la cena, encontró sobre la cabecera de mi cama otra prenda mucho más íntima de Zoraida. La tuve en mis manos durante unos minutos y de pronto, no sé cómo ni por dónde, llegó Zoraida a mi lado. Mejor, frente a mí. Sus senos temblaban agitados y yo la miraba, mientras ella parecía buscar algo entre sus piernas. En eso, la vieja muerta gritó: “¡Zoraida!”, y se alejó presurosa.

Esa vez pasó algo muy importante. Cuando en ocasiones sentía que alguien se acercaba por la escalera, me retiraba a mi cuarto. Allí esperaba a que Zoraida gritara: “Señor, una carta para usted”. Y cada vez que presentía extraños, me retiraba a mi cuarto.

Antes de irse, Zoraida me arrebató el trapo de las manos, pero, pasada la cena, y cuando estudiaba el hermoso discurso del Dr. Daniel sobre el *Dolor de las Articulaciones*, sentí el golpe de la olla grande sobre la llave del lavatorio. Pensé inmediatamente en la graciosa embocadura de las piernas. En el traje rasgado. En el temblor de los senos. Y sorpresivamente apareció el viejo dolor, esta vez en la cadera izquierda. Agudo. Atroz. Al mismo tiempo sentí que me habían introducido inesperadamente en la pierna un largo palillo de acero, como si de común acuerdo los huesos se hubiesen atesado de pronto. Deseo que esto quede muy claro: la pierna se me hinchaba, se me hinchaba, y presa del terror salté para huir porque creí que si no abandonaba el comedor en esos momentos no podría salir luego. Tal cual se hincha un pie en el zapato. Caí. Como un cuerazo lejano escuché el grito asustado de la vieja muerta. También los pasitos de Zoraida hacia mí. Creo que me estoy explicando bien. Yo tenía miedo, miedo. Sé que temblaba, que me estremecía todo. No por el dolor, que ya en esos momentos no lo sentía. Tampoco era la muerte porque no existe. Existen sí, los ratones, los médicos, las salas de opera-

ciones. Mi miedo era de otra cosa. Es como si de pronto, aterrificado, usted quiere gritar y no sabe a quién llamar; como si lo lanzaran a un pozo inacabable con la boca amarrada. Es posible que no puedan entenderme, porque siempre se tiene a alguien a quien llamar.

Pues sí, cuando salté lleno de espanto, las cuerdas vocales se me enroscaron en la garganta y los ojos se me salieron, pero no pude llamar a nadie. No pude.

Zoraida llegó sonriente. Me vio en el suelo y prácticamente se me echó encima. Con la punta de los senos me zurraba el pecho y con las dos manos me acariciaba la cara. A mí me pareció que no había nada de malo en eso. Estaba sonriente y el pelo enmarañado se le apretaba en el óvalo de la cara. Me cargó hacia mi cuarto; más bien me arrastró. Todo parecía muy gracioso y por momentos pienso que Zoraida es una buena persona. Sin embargo, esa noche me preocupó mucho el hecho de que cuando quise gritar no tenía a quién llamar.

## VII

**E**stuve dos días sin moverme de la cama. Y Zoraida fue por primera vez feliz. Los tobillos se me hincharon sin razón y los dolores se apoderaron de todo mi cuerpo. Olvidé decir que la primera hinchazón que agarró mis piernas —antes de que mi muslo derecho se adelgazara día por día— me mediciné con un compuesto de salicilato de sosa y yoduro de potasio. Mejoré notablemente y la hinchazón desapareció. Así, pues, hice lo mismo en esta ocasión llegando hasta doblar y multiplicar la dosis sin beneficio alguno. Y como cada cosa de mi vida —misteriosamente— por su propia cuenta la hinchazón desapareció. Sin embargo, dejó su rastro de espanto: la pierna izquierda empezó a enflaquecerse de urgencia y una especie de calambre, de entumecimiento constante, me enfriaba las extremidades inferiores.

Zoraida, mientras tanto, olvidó a la difunta. Se procuró más ratos de ocio para estar conmigo. Una vez, mientras me arreglaba la camisa, se le fugó un seno y me cayó en la mejilla. Estaba tibio, limpio. Nos miramos, sonrió y sin apuros lo escondió. Le gustaba mucho mostrarme el busto.

Cuando al tercer día creí que podía levantarme, Zoraida hizo todo lo posible por impedirlo.

—Me siento muy mejor. Creo que el salicilato es una gran medicina.

—¿Y cuál es el apuro de pararse, pues? ¿Acaso lo están correteando? Como si no fuera mejor estarse acostado.

—Es que me siento mejor, Zoraida, y me gustaría caminar.

Nunca hubiera comprendido lo que eso significaba para mí. Hoy pienso de distinta manera, es decir, creo que caminar es un vicio como cualquier otro. Bueno, no sé si usted lo sabe: tengo 19 años de estar totalmente acostado y tieso como un poste.

—Vaya, pues. ¡Párese! ¡Párese! Para usted hace. Ya verá cómo es mejor que haga caso.

Me levanté esa vez y otra vez y otras veces. Todo parecía muy normal, con la sola excepción de las piernas que se me adelgazaban y el calofrío constante.

Pasaron algunos meses en que las señales de Zoraida se hicieron más atrevidas. Casi llegamos a reemplazar las palabras con el lenguaje de las ollas. Por días enteros se despreocupaba de la vieja para dedicarse a mí, siendo cada vez mayor el tiempo que transcurría a mi lado.

Cierta noche sucedió algo imprevisto, verdaderamente extraño. Para entonces, al caminar arrastraba los pies y me resultaban muy difíciles de manejar, de dirigir. De la misma manera, muchas cosas cambiaron para mí, porque, claro está, tomaba veinte minutos en ir del comedor a mi cuarto.

Iba pues, para mi cuarto, con el Tratado del Dr. Daniel bajo un brazo. El otro lo usaba para alzar de vez en cuando mi pierna derecha que a ratos rehusaba moverse. Llegué trabajosamente a mi aposento. Recuerdo muy bien que me acosaban principios de asfixia. Empujé la puerta que repitió su chirrido habitual. La penumbra estaba partida por una ancha faja de luz que llegaba desde la calle a morir sobre mi cama. Y allí, justamente, estaba Zoraida tendida. Desnuda. Plácida. Sonriente. Se había rasgado, esto era evidente, el traje desde la falda hasta el escote. Había rasgado igualmente todas sus prendas interiores y estaba, su desnudez, su carne, abierta como un camino inquieto entre las ropas.

La miré en silencio porque Zoraida y yo casi nunca hemos hablado. En eso, llegó ácida la voz de la muerta: “¡Zoraida!”, y

## EL DESVÁN

la muchacha se alejó. Esa vez me quedé pensando en las ocurrencias de Zoraida. En sus senos de una personalidad insólita. Pensé mucho en las cosas de Zoraida.



## VIII

A menudo me alegra saber que la humanidad tampoco vive. Es agradable que el mundo esté ocupado, muy ocupado. No se puede escribir una carta al desconocido ni hay gusto para desearle los buenos días a nadie. Lo cierto es que se tiene miedo de vivir, de estar despierto, miedo de pensar. Sé que todo el mundo duerme ocho, diez horas diarias. Otros más. Luego salen a la carrera para sus trabajos: ocho horas también. Hay quienes trabajan diez, doce, y ríen ufanos. También derrochan tres en comer y andan de prisa para hacer filas en cualquier sitio. Siempre van o vienen de alguna parte. Es curioso: la gente tiene miedo de pensar y está viva, viva como yo. Pero el caso de Zoraida no llego a comprenderlo todavía. Ya hace año y medio que no hablo. Toda mi elocuencia depende de esta mano, miradla bien, de esta mano izquierda que zurro sobre el papel que sostiene Zoraida contra la tabla mientras cuelgan sobre mi frente sus senos.

No hablo. Zoraida me tumbó los dos incisivos frontales.

Aquí tendido, he meditado frecuentemente que será fácil comprender el mundo al revés, desde sus contradicciones. Toda la confusión viene del deseo lógico, del cariño por las generalidades. Por ejemplo, me parece recordar que existen personas sin dientes; otras que los usan falsos. Yo, en cambio, tengo una poderosa dentadura. Blanca, uniforme, dura. De niño asombré a alguien rompiendo corozos en la boca. Esto hizo más dolorosa mi vida, porque cuando Zoraida trató de arrancarme los dos

incisivos frontales para que pudiera tragar algún líquido, exigió tiempo y esfuerzos. Experimentó con hilos, pero sin resultados satisfactorios. Las mandíbulas se habían pegado tanto una de otra que ni siquiera cabía el hilo apropiado. Así, pues, el asunto tomó tiempo. Zoraida, con la ayuda de un pequeño martillo, dedicó horas de muchos días a golpearme los dientes, cada vez más fuertemente, tratando de ablandarlos. Francamente en los primeros días la operación me espantaba. En parte por el dolor, pues lo cierto es que en cuanto empezaba a golpearme los dientes con el martillo, sentía que toda la masa encefálica se desprendía y daba vueltas. Pero también me acostumbré. Después de un tiempo, Zoraida gritó: “Ya están aflojando, están aflojando”, y era cierto. Se me agrandaron los ojos de felicidad, mas no pude sonreír, porque el martillo me golpeaba los incisivos frontales.

Pues bien, yo no hablo y esto tal vez ha impedido un poco el que pueda entender qué es lo que se propone Zoraida y existe, además, el inconveniente de que mi mano izquierda no se puede explicar bien. Está corta de palabras, tímida, por que se trata nada menos que de empezar a hablar.

Es fundamentalmente distinto hablar con la boca que hacerlo con la mano izquierda. Es como si el mundo, los conocimientos todos, se invirtieran de golpe. La mano, esta mano izquierda me lleva a decir sólo lo que humildemente puede. Fácil es imaginar su ignorancia ya que se trata de esas partes del cuerpo que descubrimos cuando nos faltan. Me gustaría, digamos por caso, tachonar este relato con metáforas brillantes, con frases ágiles y sonoras. Pero imposible: esta pobre mano izquierda —que nunca supo lo que hacía su derecha— hasta ignora que escribir es un arte. Así, pues, no puede valerse ni de los más rudimentarios conocimientos gramaticales y mucho menos hablar de este problema mío con palabras bellas. Ustedes sabrán perdonar.

Sin embargo, ni esto tendré dentro de poco. Ya he hecho mis cálculos y desde luego no me equivoco; dentro de seis meses justos estará totalmente paralizada. Esto yo lo sé, lo conozco.

Ayer, precisamente, sentí un dolor punzante en el deltoide. Fue como un chispazo, como un martillazo estúpido en los dientes. Simultáneamente se me agarrotaron —se trata desde hace mucho tiempo de una conspiración— se me agarrotaron el pectoral mayor y menor, participando en la revuelta el subclavio y el subescapular. Fue toda una región alzada que me trancó la respiración. Es cosa clara: dentro de seis meses no podré hablar. Eso es todo. Ni más ni menos. Pero estoy vivo, oídló bien —¡maldita sea!— estoy vivo.

\*\*

¿Dónde estará la gente? ¡ja... Ja ... ! Zoraida, claro está, no cuenta. Es un misterio más en este gran misterio que es mi vida. Es un puente, un palo, unos pasitos entre la vieja muerta de la ventana que grita uno que otro, día y yo que no grito. Pero me disgusta no poder comprenderla. Es tan oscuro todo este asunto que no me explico cómo pudieron reunirse tantas cosas en mí. No es queja; tampoco reproche. Sencillamente deseo de saber.

Aquella noche en que se me hincharon los pies, fue definitiva en mi vida. ¿Qué sucedería si Zoraida se enfermase? Digamos, que muera. ¿Qué sucedería? Ahora puedo decir esto con tranquilidad, pero cuando la conjetura me golpeó la cabeza, sólo tuve un deseo: echar a correr, correr soltando gritos. Pensad por un momento que Zoraida enfermara.

Pues bien, aquella noche fue definitiva: era el aldabonazo postrero. Inició una vertiginosa procesión de acontecimientos que llevo años desglosando. Recuerdo que las personas ocupadas se acuestan de mil maneras porque les gusta el amanecer. Empezar lo que llaman un nuevo día. Si se quiere, el anochecer nada les significa. ¡Ah, si llegara por aquí el ruiseñor de la carta! ¡Si de momento entrara por cualquier parte y cantara! Dicen que los ruiseñores son los mensajeros de Dios. Nunca escuché uno, porque los ruiseñores siempre cantan al amanecer. Pero

las madrugadas nada tenían para mí. Generalmente era el instante en que se me desgajaba una uña, se me secaba una pierna o simplemente caía de la cama cuando intentaba caminar. Las noches en cambio, eran para la carta que nunca llegó, la posibilidad del olvido.

Como siempre, fue en la mañana. Lo supe al despertar: no podía moverme. Mis piernas estaban tiesas, como entablilladas por varillas de acero. Había llegado el momento:

—Zoraida —dije a media voz, huyéndole a los gritos de la muerta.

—¿Me está llamando?

—Sí, Zoraida; ven, ¡corre!

Llegó, como siempre, con sus pasitos.

—¿Qué quiere?

—¡No puedo moverme!

Se le abrieron los ojos de júbilo. Fue absurda, inmoral. No pudo disimular su alegría y se dedicó a sobarme alocadamente. Sin decir absolutamente nada más, se alejó.

—Tómese esto —me dijo cuando regresó a los pocos minutos.

—¿De qué se trata?

—Tómeselo, le digo.

Obedecí. Hay momentos en que se hace sólo lo que nos dicen. La voluntad es algo que el hombre no ha tenido siempre. Es postiza. Reciente. Se pierde al primer contratiempo, cuando se derrumba el sentido lógico que imponemos a las cosas.

—¿No se siente mejor?

—Sí —le respondí apartando la vista.

Zoraida, se alejó murmurando una tonada alegre, festiva. Fue la conquista total de la anquilosis, el comienzo de una jornada infernal de dolores tremendos que por momentos me anestesaban. Yo no podría repetir el proceso. En menos de dos semanas las piernas se adelgazaron espantosamente y se podía oír en la noche el ruido de los huesos de mi cadera: era una música

lenta como la de quien arruga papeles.

Entonces Zoraida empezó a permanecer en mi cuarto la mayor parte del día. Presta a todas mis necesidades, había felicidad morbosa en sus diligencias. La pensión fue imprudentemente descuidada y creo que a lo último, sólo quedamos la vieja muerta, Zoraida y yo.

Una mañana llegó más diabólica que nunca. El asunto estuvo precedido de una serie de fenómenos que todavía me inquietan. Porque entonces todo el sentido del tiempo se alteró; como dormía a cualquier hora, también estaba despierto a cualquier hora.

A veces despertaba y descubría mi cama cubierta de prendas íntimas de Zoraida. En cierta ocasión, presumiendo que dormía, se introdujo completamente desnuda en mi cuarto y simuló buscar algo junto a mi cabecera. Le vi palpables y humanas las nalgas morenas y los muslos cubiertos de vellos largos. Esas cosas estaban allí, a mi lado, y los senos hermosos colgaban tiesos hacia el suelo.

Así pues, no sé por qué esa mañana entró diabólica al cuarto.

—Vámonos de aquí—me dijo.

—¿Que nos vamos?

—Sí, para allá —me respondió, señalándome el techo de la casa.

—¿Para allá a dónde?

No sé por qué una sensación de inseguridad se apoderó de mí. Debe ser la soledad o quizá el temor de que Zoraida se enfermara repentinamente. Todo era preferible a saberla enferma.

—Arreglé un cuarto allá arriba. Está solo.

—¿Y eso, por qué? —insistí.

Por toda respuesta me señaló el cuarto vecino, y dijo:

—¡La vieja!

Se reveló fuerte y decidida. Su primer movimiento fue atravesarme en la cama. Luego, metiendo sus brazos bajo mis soba-

cos, trató de levantarme, pero desistió inmediatamente. Sin murmurar palabra desapareció para volver al instante. Esta vez me sujetó por los hombros levantándome el tórax del suelo. Así empezó lo peor. Zoraida me llevó arrastrado por todo el balcón. Cuando llegamos a los primeros peldaños de la escalera se detuvo, pero le pareció que todo estaba bien y continuó arrastrándome escaleras arriba. Yo no sé por qué tenía la sensación de que se me desprendía la piel de las piernas. No me equivoqué, porque cuando nuevamente estuve en la cama, me dijo que efectivamente, por todo el balcón y la escalera quedaron pedazos de carne mía. Desde entonces los tobillos, la tibia y el peroné están a la intemperie, en el hueso, que no es blanco como dicen, sino amarilloso.

La mudanza resultó sumamente desagradable y escandalosa, porque mis piernas golpeaban como piedras sobre los escalones. Arriba, para colmo de males, la situación se complicó pues, no habiendo Zoraida podido abrir una de las hojas de la pequeña puerta del desván en que estoy, resultó que no cabía por ella, de modo que Zoraida, con mil esfuerzos, tuvo que ladearme como a un cajón para que pudiese entrar. Desde entonces estoy aquí, frente a estos ratones, frente al Sabio resuelto a acabar con el bombillo y a quien espero desde hace rato.

## IX

No sé si a ustedes les ocurriría lo mismo en un caso semejante, pero me inquieta la tardanza de los ratones. Anoche me pareció que roían algo de un modo muy especial, aunque desconozco a ciencia cierta de qué se trataba. Ignoro, asimismo, por qué me abstuve de preguntarle a Zoraida, de incitarla a que investigara sobre ese roer insistente de los ratones. Sin embargo, no lo hice y quizá a eso se deba la tardanza. Con todo, resulta muy desagradable esperar ratones.

Anoche o mañana se me ocurrió algo de mucha importancia. Quiero recalcar el hecho de que el deltoide me duele constantemente desde no sé qué tiempo. Es lo de siempre. Así fue cuando la pierna izquierda y cuando la derecha. Igual cosa sucedió con la cadera, aunque promedia una pequeña diferencia. No he llegado a establecer con precisión todavía si aquel alboroto espantoso, es decir, ese dolor inimaginable fue obra exclusiva del trocánter o si por el contrario, se trataba de travesuras del ligamento de Bertín o de la espina ilíaca. Lo cierto es que prefiero no recordar el asunto. Cuando la anquilosis llegó, atesándome exageradamente las piernas, resultó una bendición.

De allí pues, que por todas estas cosas, yo esté plenamente convencido de que dentro de seis meses el silencio más absoluto caerá sobre mí, sobre el desván. ¿Por qué oigo todavía? ¿Por qué la anquilosis ascendió desde los pies en vez de caer paulatinamente como un torrente de lava fría desde la cabeza? Nuevamente me acosa la manía de hace algunos años: preguntar.

¿Por qué interroga uno? Pienso que todo es obra de esa obsesión estúpida que se ha dado en llamar “el tiempo”. Aquí, aplastado sobre esta cama, donde todo es denso, sin prisa, no he podido todavía pensar en el tiempo. Igual me sucede con respecto al futuro. El porvenir es angustia, ansia, sobre todo miedo. Si a usted un día se le ocurre lanzarse a la creciente de un río, o se tiende para la eternidad bajo un árbol, o camina, camina sin descanso como el judío errante, el destino es una palabra como agua o nada. Por ejemplo: ¿cuál ha sido mi destino en los últimos veinticuatro años? No se trata de una metáfora pues en mi caso los adornos son crueles. Es como si me hubiese detenido en el umbral de un gran portón hacia el que me llevaba irreflexivamente el desvarío, la angustia: allí estoy aún, en un inmenso presente sin movimiento y sin lamentos. La puerta abierta y yo de pie.

Pero está el caso cierto e inevitable de que dentro de seis meses enmudeceré. Tampoco esto tiene mayor importancia; sin embargo es un hecho. He aquí el asunto: la vieja está muerta, Zoraida es un objeto, ¿por qué he de estar vivo yo? ¿Estoy vivo? ¿Hasta dónde esta muchacha increíble no es también obra maléfica de la anquilosis...? ¿Puede ser realidad, la única realidad en este desván lleno de polvo y dolores...? Esta posibilidad terrible de no existir es lo que mantiene mis ojos en eterna vigilia.

Hace mucho tiempo que ni siquiera oigo los gritos de la vieja. Sin embargo, aquella vez en el hospital se tomó detalle cuidadoso de mis datos personales. Vi aquella buena mujer escribir tan rápidamente que pensé por un momento que lo de la enfermedad era idea mía. Ciertamente el doctor no pudo operarme. Todo lo que tenía que hacer era romperme el arco de Falopio para aislar la cadera, pero parece que el médico estaba muy ocupado. Para suerte mía, ellos tienen la constancia de que estuve allí, de que estuve vivo. Ese soy yo: Federico Calvo. Lugar de nacimiento: David, Chiriquí. Edad: 37 años. Diagnóstico: tuberculosis en la cadera. Sí, ellos son los únicos que saben que

yo estuve vivo. Después de todo, les estoy muy agradecido porque si no hubiese sido así, si el doctor no me hubiera dicho que le era imposible curarme porque estaba muy ocupado, nadie en este mundo daría fe de que yo he existido.

No hace mucho llegó Zoraida y abrió los ojos más grandes que de costumbre. Me dio la impresión de que se había asustado. Luego de mirarme fijamente de arriba a abajo —es ya costumbre en ella— me dice:

—Bueno, ¿y qué le ha pasado allí?

—¿A dónde?

—Allí, pues, en el muslo.

—¿Qué tengo en el muslo?

—Un hueco. Parece que le han comido toda la carne.

No dijo nada más, pero, al momento de salir se detuvo y mirando fijamente al estante murmuró:

—¡Ratones malditos!



## X

**T**odo depende del hospital. De la señorita aquella vestida de blanco que escribía de corrido. Por eso es bueno no desesperar, pues cuando uno menos lo espera...

Sigo muy intrigado con Zoraida. Cada vez hace más cosas incomprensibles. Cierto que no puedo hablar, pero oigo y veo. Ella tampoco necesita hablar. Pero sucedió algo muy curioso. Desde hace mucho tiempo yo vivo muy ligero de ropas. Eso lo sabe ella porque tiene que ser así. Es extraño, y sin embargo, Zoraida no se ha enfermado un solo día. En ocasiones suelo usar un pantaloncito de tela muy delgada porque cualquier objeto áspero me hace jirones la piel. Mas lo usual, lo frecuente, es que permanezca desnudo, cubierto hasta el pecho por una colcha delgadísima. La colcha es obra paciente de ella.

Zoraida también ha adoptado el sistema de dormir a cualquier hora y trabajar cuando se le ocurre. Ya abandonó la costumbre de sonar las ollas porque, viéndolo bien, no le es de ninguna utilidad ahora. Yo estaba despierto y ella simuló ignorarlo. No sé hasta qué punto Zoraida pueda simular. Sería algo así como suponer a la vieja con ironías. Pero entró sigilosa. Se detuvo frente al estante y susurró algo a los ratones mientras gesticulaba con las manos. Luego sonrió y se dirigió a mí. Con extremada delicadeza me miró de arriba a abajo. En cierto sentido me encontraba acostumbrado a estas maniobras de Zoraida. Sin embargo, esta vez la cosa fue muy distinta.

Con suavidad increíble levantó la colcha que me cubría. Estaba sonriente. Volvió a mirar al estante como llena de agradecimientos. Entonces la vi jugar con mi sexo. Veía sus manos desesperarse y los ojos se le incendiaban. Luego caía de rodillas junto a la cama buscándose algo entre las piernas. La vi terrible, peligrosa, rasgarse el traje entre los muslos para de inmediato entregarse a jugar con mis piernas. Allí estuvo no sé qué tiempo, pero lo más insólito fue que antes de irse, metió la boca en el hueco que me dejaron en la pierna. Oí como si alguien rumiara.

## XI

**H**e despertado con una gran inquietud: el deltoide estuvo afectándome el diafragma. Esto puede significar que el silencio se avecina. Es sólo cuestión de tiempo, pero sin alternativas. Ah, pero me espanta la duda. Sé bien que la vieja está muerta; que Zoraida es una sensación, unos pasitos que van o vienen. ¿Por qué he de estar vivo yo? Esto debe ser definitivamente aclarado. Necesito saber si una vez tuve rui señores y si es o no cierto que el Dr. Peter Daniel escribió un hermoso discurso sobre las *Enfermedades Inflammatorias*, que aunque en mi caso no fue muy útil, era sin embargo muy hermoso. ¿Y si yo no he existido? Si mañana la mano izquierda me amanece muda, sencillamente esto de mi existencia puede ser una idea mía. No, no por favor. Oí dlo bien. Me parece que yo nunca he necesitado muchas cosas. Tampoco he pedido porque nadie da. La carta que espero ya llegará muy tarde y los rui señores no saben que me encuentro en este desván. Pero me resulta indispensable saber que una vez ofrecí a un hombre desconocido el canto de un rui señor y un tropel de nubecillas. No las quiso porque estaba muy ocupado, pero me interesa saber que una vez pude hacer regalos. Por favor, es algo que no puedo explicar con la mano, pero necesito urgentemente saber si he existido. De pronto me ha entrado un miedo terrible, algo alucinante muy parecido a la absurda posibilidad de caminar. Estoy aterrizado porque no sé si vivo. No es eso: si una vez viví. En fin, si es cierto que yo soy.

Zoraida:

*Necesito que vayas inmediatamente al hospital Santo Tomás. Allí encontrarás, en el tercer piso, perdida en una pequeña oficina, a una señorita que escribe de corrido. Pregúntale si es o no cierto que Federico Calvo debió ser operado el día 5 de octubre de 1912 a causa de una infección tuberculosa en la cadera.*

*Esto es urgente. Decisivo. Llévate el papel porque no quiero que olvides nada. Zoraida, no te equivoques. ¡Corre!*

*FEDERICO*

Bueno, ahora estoy más tranquilo. Es mejor así. Zoraida acaba de regresar y ha puesto, ante mis ojos, un papel que dice en letras grandes: “No es cierto”.